La insolencia

Londres, año 1830

Esta historia no la escribo desde mi hogar ni desde mi estado más adecuado, en otras palabras, puede que la locura se haya apoderado de mí o tal vez no…

Desde muy joven he sido una persona muy rencorosa y enojosa, una mínima perturbación en mi vida desencadenaba al demonio que vivía en mí, desahogándome en las personas que me rodeaban. Aun así, tuve la suerte de casarme con la mujer de mis sueños, Nadine.

Nadine era una mujer de blancas pieles suaves como la seda, largos cabellos castaños ondulados y unos labios de un color rosa suave capaces de enloquecer al más frágil y perturbar al más fuerte.

Aquella mañana me habían despedido de mi trabajo como escultor después de trabajar durante años en el oficio. Como era de esperar ante la cólera que sentí, tomé tanto vino que regresé a casa peor que salí. Debido a la borrachera caí desplomado en mi cama. Pasaron horas y no pude pegar ojo, seguía queriendo ahogar mi desgarro de ira. Fue entonces cuando una idea fugaz y aterradora atravesó mi mente como un rayo a la par que un escalofrío. Automáticamente la rechacé y volví a acostarme. El tiempo seguía pasando y aquella idea se apoderó de mí, convirtiéndose en un deseo insondable del alma. Ya no tenía solución. Se apoderó de mí aquella facultad del ser humano que nos lleva a cometer acciones muy necias por amor al mal o, quizás, por impulsos primitivos.

A sangre fría tomé un cortaplumas y con el sigilo y la profesionalidad de un asesino atravesé su cuello mientras brotaba sangre. Entonces, ¿la maté porque me amaba? Automáticamente oculté el cuerpo en el jardín y regresé a dormir extrañamente sereno.

Londres, año 1831

¡Vaya felicidad la que me embargaba entonces! Había encontrado un nuevo trabajo y cumplido muchos sueños.

Qué suerte que tuve cuando me ofrecieron crear una obra para el duque de Somerset.

- Buenos días, señor Fernsby, el duque me ha hablado mucho de sus obras.

- Es un placer trabajar para ustedes.

- Se os ha sido reservada una gran alcoba para que se sientan cómodos usted y su esposa.

En un principio me pareció escuchar mal, pero la naturalidad del hombre al dirigirse hacia el espacio vacío que había al lado de mí, me perturbó bastante.

En mi opinión, cualquier persona que se hubiera visto en esta situación habría dudado de si realmente se llevó a cabo el asesinato. Apresurado, regresé de noche a mi hogar y desenterré el cuerpo, para asegurarme de que estaba realmente muerta y la apuñalé varias veces para después volver a enterrarla.

Días después del suceso, me acosté en mi cama tras una larga jornada en el palacio del duque de Somerset. Qué cómoda, suave y cálida era aquella cama, quizás demasiado cálida. Sentía que alguien estaba acostado junto a mí, pero cuando trataba de palpar algo, mi mano acababa en lo que era la nada. Sin embargo, el insólito suceso no termina aquí, pues sentí cómo un cuerpo pesado se posaba sobre mí y sentía el aire de sus suspiros en mi rostro. Me levanté de un salto y con rapidez prendí una vela, que me mostró lo vacío que se encontraba el cuarto.

Como era de esperar, repetí el proceso de la vez anterior, volviendo a apuñalar su cuerpo, o tal vez sus restos, pero las apariciones de Nadine se producían cada vez con más frecuencia.

Londres, año 1833

Me vestí con mis mejores galas y con un caminar lento empecé a acercarme a mi queridísimo marido. Sus ojos se abrieron de par en par, y aunque lo visitara todos los días, parecía no acostumbrarse a mi dulce compañía. A medida que me acercaba, crecía el miedo en él y, por primera vez, formuló una pregunta:

- ¿Quién eres?
- Soy la locura que vive en ti y que silencias cuando vas a dormir.

Cuando vi a aquel imbécil temblando y al borde del colapso, supe que se había arrepentido de haberme matado.

Llegaste hasta aquí, leíste cada palabra del relato de mi vida, ¿y es cierto, no? La vida es una tortura, es un libro y aquí se termina el mío.

Yassmin Haouari Zennour